



M. T. Podestá

# **El único hambriento**

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

M. T. Podestá

## El único hambriento

La calle Florida tenía un aspecto brillante: el movimiento, el lujo, la ostentación de las cosas y de las gentes, el vaivén de los paseantes, de los desocupados, de los mirones. A lo largo de las aceras corrían las filas de mujeres hermosas, vestidas lujosamente, tal vez con lujo demasiado ruidoso para salpicarlo en las calles desaseadas; grupos de niñas bellísimas, alegres, frescas, bulliciosas, que conversaban fuerte, dirigiéndose saludos cariñosos de vereda a vereda, como podrían hacerlo en un salón; cortesías correspondidas, bien o mal, a los *gomosos*, que hacen la moda de los saludos y de las piruetas; cuchicheos mezclados de risas y de indirectas picantes, miradas perdidas, apagadas, rescatadas con sonrisas significativas; la correspondencia en la calle de los que se entienden en la casa, en la hora de visita, y que no pueden decirse todo lo que quisieran, por temor de los que ven y lo adivinan...

Corrillos de empleados, que han pasado la piedra pómez y el cepillo áspero para borrar la huella de la tinta de sus dedos afilados, lustrosos, cuidados con esmero; tiesos, cepillados, ajustados a la moda rigurosa, como una llave de precisión, con su bouquet en el ojal, sus bigotes doblados como cuernos y encerados con cosmético perfumado.

Grupos esparcidos en las esquinas, interceptando el paso, haciendo crónica de bailes, de teatros, hablando de la Patti, de Tamagno, de Stagno, de todas esas celebridades del arte, que seducen, que entusiasman con sus notas, y que tal vez se admirarán de encontrarse reunidas en este gran centro, habiendo oído decir por allá que todavía bailamos en camisa al lado del fogón.

La calle Florida presentaba el aspecto de un salón inmenso, al descubierto, al aire libre; todos los paseantes hablaban fuerte, sin reposo, sin afectación; nuevos grupos se incorporaban a los ya instalados, y como si alguna noticia extraña, inusitada, hubiese producido alarma, no se oía más que exclamaciones de sorpresa, de disgusto. Algunos se desprendían de la rueda y tomaban la calle por su cuenta, sin reparar en las señoras y en las niñas que habían venido desde media cuadra dando la última mano a un saludo especial y de circunstancias; otros atropellaban, sin miramiento, al primero que se le cruzaba al paso, y sin pedir disculpa ni darse por entendido de las protestas del contuso, seguían cabizbajos su camino.

La bulla, el movimiento, el cuchicheo, las risas, las exclamaciones de sorpresa, las despedidas estrepitosas, efusivas y de pésame, hacían coro al ruido de carros, carruajes y tranvías que cruzaban en distintas direcciones la estrecha calle.

Aquello parecía un corso: larga fila de carruajes lujosos, tirados por caballos de raza, algunos improvisados, salidos ayer del caos de la fortuna, arrastrando a sus felices dueños, repantigados en sus asientos, como si toda la vida hubieran gozado de la bienaventuranza; otros, revelando a los primeros su alcurnia, sus generaciones de carricoches y de antepasados retirados a la vida del campo con sus remiendos y achaques.

Las vidrieras de las casas de negocio, ostentaban sus mejores objetos, como para aguzar la codicia de poseerlos y sublevar los bolsillos del transeúnte.

Había en un escaparate, adornado como un altar, un puñado de brillantes sueltos, sin engarce, apiñados, transmitiéndose el brillo; piedras riquísimas, de gran valor, que parecían moverse, tiritando, como salidas de un baño. Al verlas así, movedizas por la refracción chispeante de los rayos de luz que se quebraban en sus facetas, se las creería animadas como pescadillos saltones. Un curioso que las contemplaba con avidez, decía *sotto voce*: da ganas de comerlas. Tal vez esos apetitos de Cleopatra aguzaban más su bolsillo que su estómago.

Largas cadenas de perlas, haciendo guirnaldas en sus estuches de peluche, deslustradas, modestas, adheridas, como clavadas a zafiro de gran tamaño, parecían desprendidas de un turbante y puestas allí para buscar el seno turgente que debía ostentarlas, como el pie de la cenicienta con el zapato de oro.

En seguida, la larga serie de joyas de bueno o pésimo gusto, salpicadas de trecho en trecho por objetos de arte.

Más allá, los tejidos, los brocados, los muebles de gran valor, lo que cuesta un ojo de la cara, y parece esperar con impaciencia que lo rescaten de la exhibición: estatuas, bustos, bronces, cerámica; el bazar continuo que todos conocemos, que hemos visto cien veces, y en el que buscamos instintivamente, al pasar, un objeto nuevo para recrear la vista.

Todo ese cúmulo de chucherías y de cosas inútiles, con su *cachet* aristocrático y la posición mágica con que están colocadas para herir mejor la retina y el bolsillo del paseante.

La concurrencia se había hecho inmensa: por momentos había que detenerse, porque se hacía difícil el tránsito; las conversaciones eran más animadas y por todas partes no se oía más que hablar del ruidoso descalabro de la Bolsa.

Era la noticia de última hora que había llegado a la calle Florida como el prelude de una catástrofe agigantada por el miedo o por el arrepentimiento de los que habían expuesto su caudal, su crédito y tal vez su pan de cada día, en la ruleta disimulada.

.....  
En una esquina se había formado un corrillo democrático alrededor de dos criaturas pequeñas y harapientas que hacen gemir dos violines, sacando algunas notas de *Caramelo*, entre los sonidos desacordes de sus cuerdas, chillonas como un vidrio raspado con un clavo. Dos pequeños inmigrantes, venidos de quién sabe dónde, tal vez de vuelta de una gira por el mundo, en busca de fortuna y de las caricias que les niega su hogar errante.

Recibían en ese momento una ovación de aplausos y de centavos, que les arrojaban generosamente los que se deleitaban con la escena, generosidad correspondida con una canción popular que entonaban con voz aguda, y con acompañamiento de violín y de silbidos de los muchachos vendedores de diarios, que miraban a los artistas callejeros como colegas. La pequeña tiple podía contar a lo sumo nueve años, parecía una viejecita con su vestido largo, su delantal hasta el suelo, su pañuelo arrollado sobre el pecho y atado atrás sobre las caderas; flacucha, despeinada, de facciones acentuadas, ojos vivos, grandes, inteligentes, comprimía contra el pecho su violín como a una criatura que se acaricia para que no lllore.

Su acompañante no tenía más edad que ella: un muchachito movedizo, despejado con cierto aire de audacia provocativa, dibujaba en los rasgos de su fisonomía picaresca; bailaba dentro de su ropa más que holgada, y tan pronto hacía mover rápidamente el arco del violín, como atrapaba en el aire una moneda de cobre que, sin mirarla, sepultaba en su bolsillo, conociendo por el tacto su valor.

Cuando vemos estas pobres criaturas, huérfanas de afectos y de enseñanza, rodando por las calles como pájaros sin nido, viviendo de sus propios recursos y obedeciendo tal vez a las

amenazas y a la maldad de sus padres o de sus dueños, y que llevan dibujada en el rostro la precocidad maliciosa de los que han aprendido lo malo en la materialidad brutal de las escenas que no han podido esquivar, recordamos esas crónicas que hielan el alma y en las que las víctimas han sido precisamente esos pobres parias, sacrificados a todas las crueldades y todas las aberraciones del bajo fondo humano.

Su canto, sus alegrías, sus movimientos, su indiferencia, su edad, todo esto, muy propio para disimular la realidad, nos aleja, al contemplarlas, de reflexiones amargas sobre su situación y sobre su porvenir.

.....  
Algunas vidrieras empezaban a iluminarse con los focos brillantes de las lámparas eléctricas, que ponían de relieve la inferioridad de los mecheros de gas con su luz triste y amarillenta.

La tarde empezaba a despedirse perezosamente; la neblina avanzaba por las calles como una gran bocanada de aliento; el viento molesto, frío y húmedo, daba la señal de retirada. En medio de aquel vocerío, de aquella bulla confusa y animada, de aquel vaivén de personas y de vehículos, vimos pasar rápidamente la figura escuálida de aquel personaje romanesco que encontramos en la Universidad y en el anfiteatro.

Caminaba a grandes trancos, haciendo balancear sus brazos como para no perder el equilibrio, parábase de trecho en trecho, echaba una mirada a una vidriera, se quedaba como absorto, con la vista fija en los objetos puestos en exhibición en alguna de ellas, sirviendo de estorbo inconsciente a los paseantes, que lo empujaban, lo codeaban, y hasta alguno, mal humorado por el encuentro, le dirigía pullas que él escuchaba con la indiferencia del que desafía el enojo ajeno contra su propio fastidio.

Visto así de atrás: alto, más flaco, con su pescuezo de cigüeña saliendo de su levitón desteñado como empujado por los omóplatos; grandes, chatos, dibujados sobre la tela como un *cliché*.

Cubría su cabeza un sombrero alto de felpa, espeluznado en distintos puntos, viejo, con las alas recortadas y ribeteadas con desgarbo; aquel sombrero medio cubierto por una tela de merino, arrugada y cosida atrás con una hilera de cuentitas de vidrio, era suficiente para caracterizar el gusto, la despreocupación financiera del dueño.

Estaba de luto, tal vez en memoria piadosa de aquella desalmada que lo había hundido en la miseria, que lo había segregado de la sociedad y que le hacía caminar por las aceras como un escarabajo.

El infeliz tenía una cara desolada; le había crecido la barba y el cabello con el desaliño de la miseria y del abandono; las huellas de un gran padecimiento moral estaban impresas en sus miradas vagas, tristes, sin expresión; la escasez, el hambre tal vez, se pintaban en la flacura y en la palidez amarillenta de sus carnes.

Era un contraste ver aquel hombre joven, educado, con la preparación suficiente para labrarse con el trabajo una posición social, con el aspecto mal disimulado de un pobre vergonzante, en medio de aquel bullicio, de aquella feria continua del lujo, de la riqueza, de la distinción, empujado, desairado, mirado con desdén y menosprecio por los que pasaban a su lado, esquivado tal vez por los que fueron sus amigos y discípulos, y él, impasible, mal vestido, raído, con manchas en las ropas, mezcla de ridículo y de desprecio por las conveniencias sociales, indiferente, enfermo, caído en el marasmo del abandono, suicidándose poco a poco tal vez por la anemia de un cerebro que funciona con un solo objetivo, con una sola aspiración: no hacer nada, ser inútil, caer en el fango poco a poco como un palo roto que el mar tira a la playa en una arcada de espuma y de resaca.

Había perdido hasta su lado sentimental; ya no se sacrificaba por una pasión que le hacía olvidar todo, que se había apoderado de su juventud y de sus ilusiones; no tenía el mérito ni el heroísmo del que lucha con la miseria y del que prefiere el amor a la ciencia, al trabajo; ya no tenía derecho a vivir como un buzo debajo de la capa social.

Había franqueado los umbrales de la edad seria y no podía impunemente salir a la calle a ostentar sus miserias y sus trapos sin sentirse culpable. La lucha del trabajo era tan noble y tan elevada como la que había gastado sus mejores fuerzas y su savia cuando abandonó la Universidad para entregarse a los caprichos de una mujer.

Todo el mundo trabajaba, todo el mundo se enriquecía, por todas partes veía palpitar el progreso, el bienestar.

La ciudad se había transformado en diez años. Si durante ese tiempo hubiese estado ausente, al volver, habría abierto la boca hasta las fauces con el asombro del débil que ve un prodigio en cada adelanto.

¿Cuál había sido su vida? ¿Qué había hecho? Sus ropas y su aspecto lo decían claramente.

.....  
Había tenido que cambiar de domicilio y de barrio varias veces; unas porque los alquileres se le amontonaban como enemigos y lo esperaban a fin de mes con una garra de hierro; otras, porque le echaban abajo la casa para edificar.

Estaba en un continuo vértigo; un día de asombro, otro de disgusto, y así iba rodando, hasta que tuvo que abandonar el centro y arrinconarse en los suburbios. Allí mismo no le dejaron tranquilo, los huecos se llenaron, casas y palacios se habían improvisado en pocos meses, y la soledad, el silencio, el bienestar que podía disfrutar, eran transitorios; los suburbios desaparecían, la ciudad iba avanzando alegre, elegante, con sus calles abiertas, adoquinadas y el ruido, el bullicio, de que era su mortal enemigo, le tocaba una nueva retirada.

Era un inservible; su cerebro empezaba a atrofiarse en la inacción, quiso volver a sus libros, la ciencia de su tiempo había envejecido; nuevos descubrimientos, nuevos adelantos, le ponían en el caso de renunciar a su empresa; la literatura, sus versos, sus versos mal rimados que figuraba en las gacetillas como intrusos, no le despertaban ya los entusiasmos que había acariciado en su imaginación de estudiante; el estro no se presentaba a calentar su imaginación y lo dejaba con los codos apoyados sobre la mesa, como un espiritista que ve llegar su evocación. Su inteligencia se había derrumbado como se había derrumbado su organismo. Hojeó varias veces sus papeles y se encontró con una novela empezada: la leyó y la encontró estúpida; sus personajes era gentuza o tipos triviales que sólo habrían servido para formar un romance de pacotilla sin ideales y sin objeto.

Recordó haber escrito un drama: uno de los protagonistas era un infeliz, a quien su mujer hacía *zancadillas*; él la quería de buena fe, como saben hacerse querer todas las mujeres de los dramas.

No estaba tan mal, se dijo para sí, el pasaje aquel en que muere fulana arrepentida y perdonada; estaba regular, era conmovedor, una generosidad cicatera: perdonar porque se muere. En fin buscó y rebuscó su manuscrito y sólo pudo encontrar algunos fragmentos en una mesa, donde los ratones habían hecho una especie de inclusa.

Su cerebro, debilitado por los ayunos y por las cavilaciones que lo torturaban continuamente, le hacía padecer de largos insomnios, en los que daba rienda suelta a formar castillos en el aire, propósitos de estudio, de trabajo, reflexiones e inculpaciones amargas sobre el tiempo perdido, programas fabulosos cuya realización le traería un mar de oro, en el que alguna vez podría hundir sus manos, acostumbradas a acariciar las sobras de centavos y papeles mugrientos, que solía ganar en trabajos mezquinos y que le producían

apenas para saciar tres días a la semana un hambre guardada durante tantos años; era avaro sin tener nada, avaro por miseria, por escasez; a veces hacía sonar los centavos en sus bolsillos para experimentar una impresión voluptuosa, naciente en su sistema nervioso de neurótico y de hambriento. Cuando soñaba con la riqueza, deseaba tener un colchón de oro donde revolcarse como un perro y gozar hasta el desmayo con el cosquilleo del metal precioso.

En esas largas noches de insomnio y de frío, se tendía sobre su cama en la actitud de un muerto; cruzaba sus largos brazos sobre el pecho, detenía su respiración ruidosa, abría desmesuradamente los ojos en las tinieblas y procuraba percibir la forma de los objetos que tenía a su alrededor; a veces le parecía que todo aquello se movía lentamente y avanzaba hasta él con aire de reproche y de amenaza; figuras extrañas de hombres y de animales se dibujaban en las paredes, donde se había caído el revoque. Esos manchones negros, huecos, que tomaban en la penumbra de la vivienda las formas más caprichosas, los miraba fijamente y se pintaban después en su retina, en forma de cabezas monstruosas, que le daban calofríos como a un niño.

Otras veces hacía desfilar ante sus ojos la figura de sus amigos y condiscípulos; todos ellos habían adquirido una posición social con su trabajo, su talento, con su aspiración. ¡Es tan fácil adquirirla!

Médicos, abogados, ingenieros, ministros, diputados, comerciantes, todos ellos estaban en la cúspide de una montaña que él miraba desde la llanura, como un pigmeo, y no se sentía ya con fuerzas suficientes para emprender el viaje en la huella escabrosa que otros habían salvado airoosamente. Veía sin envidia, sin prevención, el bienestar de los demás; hasta los más inservibles habían ascendido; lo que les negara el talento se lo concedió la fortuna; pero al fin, a fuerza de luchar, a fuerza de caer y levantarse, habían trepado.

El estaba allí desfallecido, pobre, olvidado, sin rumbo, sin saber qué hacer, sin recursos. Estaba de más, y si alguna vez su desaliento lo ponía en el colmo del abatimiento, no encontraba ni objeto a su existencia; pensaba en el suicidio, y aun ese recurso supremo de los que creen haberlo perdido todo y buscan en el olvido un consuelo a su egoísmo, le parecía que le negaba sus derechos. ¿Qué grandes dolores había sufrido? ¿qué contrariedades intensas de esas que laceran el alma en lo más íntimo y a fuerza de gravitar sobre los espíritus apocados acaban por horadar la piedra como la gota de agua? No había constituido un hogar, no había perdido ninguno de esos seres queridos que al desaparecer desgarran las fibras más sensibles; no había sido padre; había vivido como un parásito, soñando constantemente y viendo pasar los días y los meses con la indiferencia del que a nada aspira o del que aspira a cosas imposibles; no era digno del suicidio, y aunque tuviese valor para poner en práctica una resolución heroica, su conciencia se revelaba contra sus propósitos y lo volvía a la realidad de su impotencia.

Me moriré de hambre, solía exclamar en el silencio de la noche, interrumpiendo por un momento la hilación de sus ideas, pero este género de muerte le parecía largo, fastidioso y tal vez no consiguiese su objeto; se había acostumbrado, como los fakires, a los largos ayunos, y tal vez podría pasarse mucho tiempo sin comer.

Pensaba en la política, en la política del día; sentía no haberse afiliado a un partido cualquiera; él consideraba eso como una masonería, en la que todos son hermanos para ayudarse; muchos de sus amigos debían todo lo que eran a sus vinculaciones políticas. Habían empezado su caudal en esa carrera, y a fuerza de tesón y de habilidad habían obtenido lo que él jamás se habría imaginado.

Cuando se acordaba de algunos, más pobres que él y que comparaba a los ratones que le

habían devorado su drama, y los veía muy ufanos, echando atrás la solapa y pasando a su lado con aire satisfecho, encontraba todavía una sonrisa en sus acciones desencajadas.

Algunas veces eran exclamaciones de sorpresa, y, como si los tuviese por delante, levantaba en la oscuridad de la noche su brazo largo y flaco como una espada, para decir: tú, tú, en esa posición... y luego añadía: yo debo estar loco o ser muy desgraciado.

En el fondo, debemos hacerle justicia, sin embargo, él no había alargado su mano para pedir, su espina dorsal estaba intacta, tesa, rígida, y en su frente de pobre, de desgraciado, de paria, tenía un poco de altivez que no había enajenado.

Luego, miraba a la sociedad desde su cueva, sin las pretensiones de un Diógenes; él no exigía no pedía nada, no era pesimista, miraba el conjunto que le parecía bueno, no tenía por qué quejarse ni hacer reproches, y su filosofía brotaba de su estómago; aspiraba a muy poco, no había podido seguir su carrera, no tenía preparación para producir algo que valiese la pena de ser hojeado, no acataba tampoco en su soberbia de pobre lo que otros lanzaban con petulancia a la circulación diaria como muestra de talento; levantaba luego sus puños, comprimiéndolos fuertemente, y se decía a sí de improviso: soy fuerte, puedo trabajar, puedo conseguir dinero y tener lo que otros han conseguido: una posición holgada; lo demás, vendrá a su turno. El problema se reducía para él a sacar una mano, a asirse de un dedo, a poner un pie, y luego daría el salto; seguramente acertaría en el golpe. Iba refinando su cálculo, sutilizando sus medios de acción, jugando una partida de ajedrez con los escasos elementos de que podía disponer.

Y así, cavilando, pensando y haciendo cálculos y signos cabalísticos en el aire, esperaba el sueño que calmase su sistema nervioso exaltado.

.....  
Una mañana se despertó más temprano que de costumbre; abrió los ojos, y un signo marcado de disgusto y abatimiento se pintó en su fisonomía; estaba delante de la realidad, él, que durante cuatro o cinco horas se había visto transportado por la fortuna en alas de una posición que sólo podía realizar en el sueño.

Sus trastos viejos, abandonados, parecían mofarse de su engañosa situación: miraba alternativamente a un armario abierto de par en par, como una casa saqueada, y un escritorio de caoba, deschapado y polvoriento, que soportaba de mala gana una pila de libros, de diarios, de manuscritos entremezclados con mendrugos de pan y cortezas de frutas secas; luego, a las paredes, de donde habían emigrado algunos cuadros de regular mérito.

Quedaban los hilos colgados de clavos herrumbrados, por donde trepaban las arañas para escalar sus cuevas. Se levantó rápidamente y en un rasgo de desesperación le dio tentación de prender fuego a la casa; aquella miseria, aquel abandono, aquella mugre, lo ahogaban, ya no podía vivir en ese ambiente; su origen, sus antecedentes, el bienestar de que antes había disfrutado, le tironeaban el deseo de algo mejor.

En un movimiento brusco hizo rodar por el suelo una pila de libros; uno de ellos, desencuadernado, amarillento, con anotaciones garabateadas en las hojas, quedó abierto de par en par en el suelo, luciendo una curva como un vientre y en el que había un verdadero tatuaje de líneas y trazados; ese libraje era su enemigo más implacable, el que había conseguido ultimar su carrera con un golpe de gracia, un libro de física, que a fuerza de ser manoseado en un determinado capítulo -el libro lo hacía de por sí- bastaba tirarlo al suelo para que aquella página funesta que se ocupaba de los imanes, quedase en exhibición.

Cuando se inclinó y se encontró con aquel capítulo ante sus ojos, toda su sangre anémica se le subió a los pómulos, se acordó de la rechifla de la Universidad y de la huida en el día de

examen, y como si aquel libro fuera sensible a su enojo y a sus recuerdos, le dio un puntapié que le hizo rodar a un rincón, luego recogió piadosamente un código que le habían regalado cuando aún tuvo esperanza de seguir su carrera, lo abrió con curiosidad, leyó dos o tres artículos y en seguida pensó que aquello se habría acomodado muy bien con sus ideas: habría sido un magistrado honrado, y modificó un poco sus pensamientos con respecto a la justicia; que había siempre considerado como un laberinto de embrollas. Smiles había caído también sobre el enladrillado del pavimento: lo recogió, sacudió cuidadosamente el polvo de sus hojas y lo colocó de nuevo sobre el escritorio: -Muy bien escrito -dijo pausadamente, -tiene mucha razón Smiles, los ejemplos que encierra son de un valor incomparable, pero es poco práctico para nosotros, para nuestra sociedad nueva y de carácter diverso de la que él nos pinta; jamás podré yo realizar los ideales y los prodigios que él nos hace ver; es preciso tener una colectividad y un individuo tallado en el molde de sus personajes; todo está muy bueno, el *carácter*, el *deber*, el *ahorro*, pero, ¡ah! la *ayuda propia* -y aquí se quedó meneando tristemente la cabeza. En ese momento se fijó que una hormiga luchaba con todas sus fuerzas por levantar del escritorio un pedazo de corteza de nuez, y que otra, cargaba con igual materia, se arrastraba bamboleándose hasta el borde de la mesa para llevar ufana su hallazgo. Esta lección, dada así de improviso, con tanta elocuencia de un hecho tantas veces admirado y tomado como ejemplo de trabajo, de perseverancia, de paciencia, le hizo abochornar... Meneó de nuevo la cabeza y dijo con acento de reproche: Smiles tiene razón, soy un necio.

En el derrumbe de libros y folletos había caído también Zola; los mejores representantes de su ingenio original estaban en el suelo: *l'Assommoir* y *Nana*, comprados en un montepío de libros viejos, esparcían a su alrededor esa atmósfera acre y malsana que impregna el papel manoseado, como el aliento de los ebrios que se tambaleaban en sus páginas.

Recogió a *Nana* y estuvo hojeándola pacientemente; deteníase de vez en cuando para exclamar: -¡Oh! ¡estupendo, qué estilo, qué belleza, qué naturalidad, qué filosofía amarga y positiva! -Al llegar al último párrafo pareció estremecerse, dejó caer el libro como si hubiese tocado la mano temblorosa y cubierta de pústulas de viruela de la infeliz *Nana*. Luego, dijo entre dientes: -A Berlín, a Berlín -y haciendo un gesto añadió: -Quizá.

.....  
Tomó en seguida *l'Assommoir* y se sentó, cruzando sus canillas, en un sillón medio derregado que hacía los honores del mobiliario abigarrado de la vivienda.

Muchas veces se había deleitado leyendo páginas, conocía la historia de cada uno de sus personajes, los había seguido en sus evoluciones y en las distintas fases de su vida, como si fueran antiguos camaradas; se había vinculado a su suerte por el parentesco de la miseria y de las ideas, tenía allí sus simpatías, sus rencores, sus enemigos y tan pronto se sentía conmovido al leer la historia de Gervasia, buena, hacendosa, infatigable, como se indignaba por las brutalidades de su marido, que había caído del taller en la taberna y de la taberna en el hospital en las convulsiones estrepitosas del *delirium tremens*.

Odiaba a muerte a Lantier: ocioso, embustero, egoísta, con el refinamiento simulado de un animal felino que acecha pacientemente su presa; suave, reluciente, enmelado como una babosa, siempre sonriente, atento, lleno de chiste, haciéndose rogar con cierto aire de señor que le daba superioridad entre la turba de sus amigotes, y cierta preferencia mal disimulada entre las mujeres.

Lantier era su pesadilla: cuando leía *l'Assommoir* y aparecía el abominado personaje, solía doblar la faja y exclamar: -¡Eh! miserable, eres el más peligroso y el más malvado del gremio.



Cuando llegaba a la escena de la entrada de Gervasia en casa de la Larilleaux, para darle parte de su casamiento en esa noche de verano sofocante, mientras la hermana del que iba a ser su esposo estaba ayudando a su marido en ese taller estrecho, sombrío, caldeado por hornillo, nada le parecía más desolador que esa miseria cubierta por el polvo de oro que sacaba Larillaux al limar el engranaje de las cadenas; mira a esos dos personajes trabajando como bestias, arremangados, sudorosos, despechugados calentando una marmita de patatas al lado de un crisol, lanzando miradas de desconfianza a Gervasia y mirando al suelo por el temor de que se le adhiriese algún desperdicio; groseros, huraños, fastidiados, jadeantes en un rincón de un quinto piso, haciendo lo posible para que Gervasia fuese lo más pronto para no interrumpir su tarea que les importaba algunos céntimos.

Esta es miseria de buena ley, esta es calamidad que aquí no se conoce, y cuando Gervasia, tímida y contrariada, abandonaba el tugurio de los que iban a ser sus cuñados y la veía en el bulevar, adonde la había seguido su imaginación, respiraba ampliamente, se pasaba su pañuelo por la frente como si él también hubiese estado encerrado al lado del hornillo, y exclamaba: -¡Gracias a Dios!, no cuesta tanto aquí el pan nuestro de cada día.

El viejo Mouche se le presentaba como un perro sin dueño, cubierto de lanas sucias, enlodadas, que arrastraba tanteando en la oscuridad con su mano larga, descarnada, venenosa, agitada por el temblor senil, a su cueva infecta debajo de la escalera. Este personaje, idiotizado por el alcohol y por el hambre, le producía calofríos... Para sus adentros solía decir : -Alguna vez seré así.

Se había detenido un par de horas en la lectura de este libro.

Su cabeza estaba llena de las escenas de *l'Assommoir*; toda una sociedad de obreros, de viciosos, ebrios, desfilaba ante sus ojos: se había revuelto una capa social como un avispero: -su índole, sus tendencias, sus pasiones; sus vicios, estaban estrechamente eslabonados con sus recursos, todo era lógico; eran fautores naturales del capital que absorbe; del trabajo que despotiza, que gasta, que caldea al lado de la fragua, que agota, que consume la carne humana, machacándola diariamente en el yunque, haciendo brotar de los poros la savia vigorosa como las chispas brillantes de un hierro incandescente.

La usina, devorando en sus grandes bocas, llenas de llamas, al obrero; el carbón infiltrándose en sus pulmones para destruir su trama delicada, y luego un salario escatimado y que apenas alcanza para cubrir las primeras necesidades.

La contribución de carne humana que se siente oprimida, sofocada, que se retuerce, que se agita y que estalla por último en las huelgas, en el alcoholismo y en la comuna.

Del taller al hogar, la taberna como estación intermediaria, como una tregua engañadora, el embrutecimiento gradual por el vicio, desde el licor inocente que habitúa el paladar, que lo estimula, hasta la *bala rasa* que se mezcla a la sangre, que se infiltra en los tejidos, que llega al corazón para curtir sus válvulas, para estrechar sus orificios y romper su ritmo con las convulsiones angustiosas de una enfermedad incurable; el abotagamiento físico con las hinchazones, las hidropesías, trasluciéndose en la cara, en la expresión, en la mirada, burlando la engañosa insistencia de ocultar el vicio con la placidez de la sonrisa de una fisonomía de idiota.

Una enfermedad del corazón era para él una cosa horrible; había seguido paso a paso los estragos ocasionados por una dolencia de este género en uno de sus parientes, y recordaba perfectamente todo lo que había sufrido; lo veía en sus transformaciones sucesivas, y a medida que la enfermedad había hecho sus progresos, le parecía que aquel hombre se iba despojando de su cubierta exterior, de su fisonomía y de su expresión, para quedar en el último período convertido en un organismo blanduzco, fofo, transparente, una especie de

hombre de cera donde el dedo dejaba constantemente su huella al comprimirlo. Había cerrado el libro y continuaba haciendo reflexiones sobre los diversos tópicos que había hojeado: esa larga fila de seres desgraciados, enfermos, enviciados, abatidos por el trabajo, por las necesidades, sin estímulo, sin aspiraciones, sin más compensación que un día de fiesta, legítimo para tomar un desquite en el descanso. Le pareció lúgubre, horrible, la existencia de esa gente sedienta de alcohol. Y luego, el criterio de todos ellos ajustado a su condición miserable. Sus ideas, sus afecciones, su familia, todo remojado en el vino, en las bebidas espirituosas. Su cerebro trastornado, desquiciado, perdiendo sus facultades de dirigir el equilibrio de la máquina humana; las observaciones del carácter, la postración moral, la locura, el delito, el caos de la neurosis, transmitiéndose a la generación para imprimirle el sello del origen insano. Esas cabezas delirantes, y esos seres envilecidos, degradados, eran capaces de todas las monstruosidades, de todos los trastornos sociales. El manicomio y la cárcel los tomaba bajo su amparo; enfermos criminales, inconscientes, caían allí como acorralados por la sociedad que quiere vivir bien, tranquila, holgada, sin codearse con el peligro y sin escuchar el dolor. -¡Ah! si tuviese talento -exclamó arrojando el libro sobre la mesa; -¡qué me importarían la fortuna, el bienestar, la opinión pública! todo sería pequeño a mi lado; cómo me levantaría por encima del nivel común; ¡qué pequeñas, qué frívolas serían para mí tantas cosas que hoy me preocupan: esa lucha, ese afán constante por aspirar a lo mejor, esas emulaciones que marean la masa social y hacen germinar tantas miserias por lo que cabe en el puño de un niño! ¡Qué bien me encontraría en un gabinete con mis libros predilectos, dando rienda suelta a mis aspiraciones, a las tendencias de mi espíritu: qué feliz me despertaría, siendo útil a esta misma sociedad, que no me conoce, para la que paso inadvertido! ¡Ah! esta es la miseria de allá, que abre sus siete fauces con hambre insaciable, ¡este es el pauperismo que clava su garra de buitre en el corazón de aquella sociedad secular! Aquí, el único hambriento soy yo.

---

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).



**editorial del cardo**